

Pakistán después del Talibán: Una receta tentativa para el cambio.

Kamran Asdar Ali, Catedrático Adjunto de Antropología, University of Texas, Austin.

NOTA: En un principio este artículo fue escrito el 17 de septiembre de 2001. Y ha sido modificado para introducir los hechos cambiantes de las últimas semanas.

En diciembre de 1997 el ejército pakistaní se rindió a las Fuerzas Indias en el Este de Pakistán / Bangladesh. Como resultado de esta derrota y políticas ineficaces, la milicia pakistaní finalmente entregó el poder al gobierno civil después de 13 años de gobernar. Recurriendo al recuerdo de esta agitación nacional, la milicia actual gobernante de Pakistán, el General Pervez Musharraf utilizó una analogía entre los acontecimientos de 1971 y la presente crisis en la región. Aunque sus intenciones hayan sido diferentes, la analogía es correcta en al menos un aspecto. Treinta años después, la milicia pakistaní se ha visto condenada otra vez por sus políticas ineficaces y por sus aventuras en estados vecinos. La caída de Kabul no será el fin de la miseria para el pueblo afgano que ha sufrido por tanto tiempo. Sin embargo el regocijo en muchas partes de Afganistán y el sentido de libertad que el pueblo afgano cree debe liberarlos de cualquier duda que en el Talibán el estado pakistaní especialmente su milicia apoyaba un oscurantismo no democrático y un régimen opresivo. Esta política podría haber continuado con desastrosos efectos

para la población de la región, como las tragedias en Estados Unidos el 11 de septiembre.

Los informes de la prensa pakistaníes indican que en la tarde del 14 de septiembre de 2001, el General Musharraf se reunió con su Gabinete y el equipo de la Seguridad Nacional en una sesión maratónica que duró hasta tempranas horas. La tarea era decidir si el gobierno pakistaní accedería a las demandas hechas por los Estados Unidos tras los ataques del 11 de Septiembre. Se pidió públicamente a Pakistán que apoyara con información logística a la milicia de Estados Unidos junto con la utilización del espacio aéreo pakistaní, si se necesitara, y compartir hasta la fecha la información de inteligencia sobre el sospecho, líder terrorista Osama bin Laden y sus seguidores en Afganistán.

En la década del setenta, otro general pakistaní, Zia ul Haq, debió haber convenido una reunión similar. Se pidió a la Junta militar de entonces que jugara un papel crucial en la resistencia financiada por Estados Unidos contra las fuerzas soviéticas ocupantes de Afganistán. Tal decisión fue sin duda más fácil de tomar para el dictador Zia ul Haq y sus consejeros. El general había estado en el poder por dos años y su régimen de religiosidad conservadora ya no era popular en casa ni en el extranjero. El apoyo a los Estados Unidos, iba dar a su gobierno una legitimidad desesperadamente necesitada. Zia también anticipó un paquete de ayuda de Estados Unidos para apoyar a Pakistán a enfrentar sus problemas económicos y sociales de nunca acabar. Para la población pakistaní escéptica, el régimen militar retrató su intervención en los asuntos de Afganistán como una

asistencia humanitaria y política para los amigos musulmanes. Pero la decisión de la Junta Militar para participar con los Estados Unidos también fue tomada por razones estratégicas.

Desde la independencia de Pakistán en 1947, las relaciones de Afganistán y Pakistán han sido tensas debido a las disputas fronterizas y a la temida extensión del nacionalismo étnico Pashtun a través la frontera. Con India abiertamente hostil en su flanco oriental, los estrategas militares de Pakistán veían con ansiedad a su vecino occidental no tan amigable. Esto se vio agravado por la cúpula comunista gobernante en Afganistán en 1978 y la subsecuente invasión Soviética de ese país en 1979. La resistencia apoyada por los Estados Unidos contra el régimen Afgano pro soviético garantizó al menos en las mentes de los líderes militares pakistaníes, una resolución algo concreta de su problema Afgano.

El desplazamiento masivo de población afgana, la destrucción de sus casas y pérdidas de 1,5 millones de vidas afganas durante la larga guerra civil fue desapareciendo de las conciencias de los medios de noticias de Occidente. Tampoco recuerdan muchos fuera de Pakistán el impacto de la guerra afgana en la vida política, cultural y civil de Pakistán. La milicia pakistaní utilizó parte de la ayuda internacional para fortalecer el Directorado de InterServicios de Inteligencia o ISI, que fue la principal relación entre las agencias de inteligencia de Estados Unidos y las variadas facciones de la resistencia afgana conocidas como Mujahedeen. El ISI también asumió un rol líder suprimiendo el desacuerdo democrático dentro de Pakistán. A la fecha, no hay revisiones constitucionales ni

balances en sus operaciones. Su liderazgo consiste, en la mayoría de los casos, en funcionarios religiosamente celosos y altamente motivados que se preocupan por la salvaguardia que consideran los límites (geográficos e ideológicos) del Estado Pakistani.

En el nivel político, el apoyo de desarrollo y económico de Estados Unidos ayudó a Zia a consolidar su plan para la islamización de Pakistán. Fondos de desarrollo fueron utilizados para establecer y mantener madrazas (escuelas islámicas religiosas) en diferentes partes de Pakistán. Zia y su Junta Militar consideraron a los estudiantes y graduados de estas escuelas como soldados de infantería que apoyarían al dictador quien se apresuraba por cumplir la agenda de construir un sistema de gobierno islámico y un estado teocrático. Otro legado de la guerra afgana fue la infiltración sin precedentes de drogas y armas en la sociedad Pakistani. El dinero proveniente del tráfico de drogas y armas ayudaron a financiar la guerra encubierta en Afganistán, mientras canalizaba grandes riquezas a la sección de los jefes de la milicia Pakistani. Pero el triunfo de las fuerzas de resistencia afgana en 1992 no resultó en lo que la milicia Pakistani siempre deseaba: Afganistán estable que siga los dictámenes del Islamabad. Con la Guerra Fría como un recuerdo decadente, los Estados Unidos y otros países occidentales abandonaron virtualmente el victorioso Mujahedeen, haciendo sólo falsas promesas de apoyo para el desarrollo con el objetivo de reconstruir el país devastado por la guerra.

En los años siguientes, la lucha entre el nuevo liderazgo afgano (y su creciente independencia del ISI) llevaron a Pakistán a intensificar su participación en los asuntos de Afganistán. El Talibán una facción radical de estudiantes de madrazas bajo la guía de Mullah Mohammed Omar de Kandahar, fue financiado por la milicia pakistaní en su camino hacia la victoria en Afganistán entre 1995 y 1996. Desde esta perspectiva de los generales en Islamabad, la lealtad del Talibán hacia ellos y su dependencia de ellos garantizó una frontera occidental más segura y menos volátil. Además Pakistán estaba interesado en rutas seguras para los estados de Asia Central sin salida al mar. Un Afganistán estable y guiado por el Talibán contribuiría a una estrategia geopolítica mayor en el que Pakistán, Estados Unidos y compañías petroleras internacionales visionaron múltiples tuberías que transportarían petróleo y gas natural de los ricos países de Asia Central hasta los puertos de Pakistán en el Golfo Pérsico. Pero la fuerte, independiente e impredecible naturaleza del Talibán y constante guerra en el norte Afganistán en los últimos años han disminuido la excitación inicial que estos esquemas generaron.

Más de una década después de su muerte en una explosión de avión, el fantasma de Zia ul Haq aún vive, mientras que la vida cultural pakistaní cambia y abraza los valores islámicos ortodoxos. En un estado que ha perseguido la tarea de dar oportunidades sistemáticas de empleo, de educación a su pueblo, el sistema de madrazas ha seguido siendo un medio para un gran porcentaje de pobres rurales y urbanos que buscan avanzar cultural y socialmente. Muchos de los que se han educado en las madrazas, han emergido como agentes de poder violentos y

altamente organizados que pueden desestabilizar cualquier régimen que se las arregla para tomar el poder. El estado y la milicia de Pakistán han desplegado estas fuerzas contra la oposición interna de manera cínica y las han reclutado para la guerra encubierta emprendida por el estado en Cachemira. Una consecuencia de tal participación es que una década después de la muerte de Zia, Pakistán aún continúa políticamente inestable, plagado de una creciente violencia sectorial y étnica.

Las diferencias entre los últimos años de la década del setenta y septiembre 2001 son mayores que las similitudes. Como Zia, Musharraf ha estado en el poder por dos años y también no era popular a nivel nacional ni internacional y la Junta Militar de Musharraf ha tenido tiempos difíciles al ejecutar su nueva política afgana apoyada por los Estados Unidos. Las fuerzas entrenadas de las madrazas que fueron alimentadas por Zia han resistido a la lealtad de Musharraf por la causa de Estados Unidos con protestas violentas y fuertes. Esta situación puede empeorar en la medida que muchos de entre el Talibán y árabes afganos cruzan la frontera de Pakistán. Estas fuerzas deben unirse con el apoyo que ya tenían en su país. Es una pregunta seria cómo el actual y los futuros gobiernos pakistaníes enfrentan este proceso además del ya existente extremismo islamita. La política regional nada popular del estado de Pakistán sobre Afganistán, basado en ganancias estratégicas estrechas, puede perseguir a Pakistán en el futuro.

Desgraciadamente, los gobiernos civiles pakistaníes sucesivos en las últimas décadas han descuidado temas de gobernabilidad democrática, de distribución

económica y necesidades sociales. Esto junto con la corrupción desenfrenada han disminuido la fe del pueblo en los gobiernos civiles. Dentro de este contexto, la milicia se ha retratado a sí misma como una institución social estable que puede salvar a Pakistán de sus representantes civiles ineptos y corruptos. Como se mencionó antes, el ISI y la milicia han estado involucradas en todas las decisiones locales e internacionales más importantes hechas por gobiernos militares y civiles en las últimas dos décadas. En este periodo, las iniciativas de política externa de Pakistán han sido reducidas a dos elementos; alimentar a un régimen amigable pakistaní en Afganistán y estimular una resistencia armada en contra de la India en Cachemira. Ambas políticas, vinculadas entre sí como lo son, no tienen mucho apoyo de los mismos países musulmanes en la región e internacionalmente han tenido episodios vergonzosos en las relaciones públicas. La milicia, ayudada por ISI, no ha permitido una mayor participación de los gobiernos civiles previos ni de su cuerpo diplomático en estas dos áreas cruciales. La peculiar dificultad a la que Pakistán se enfrenta hoy es entonces completamente de responsabilidad militar.

Al aceptar las exigencias de Estados Unidos a cambio de promesas actuales de generosidad internacional, la milicia pakistaní, por el tiempo que sea, se salvó de la ira de la coalición liderada por Estados Unidos. Pero en el proceso, el régimen aún así aparece dispuesto a sumergir a Pakistán en un futuro inexplorado, sin considerar tal estabilidad mientras se mantenga la vida social de Pakistán. La promesa de ayuda de los Estados Unidos a cambio de apoyo estratégico cae en oídos sordos entre muchos pakistaníes (y afganos). Recuerdan una serie de

promesas occidentales rotas, recientemente cuando Estados Unidos y sus aliados no dieron la asistencia de desarrollo cada vez más necesitada en los primeros años de la década del noventa. Y durante la década del ochenta, miles de millones de dólares si fueron desembolsados a Pakistán sin embargo el impacto en su desarrollo fue mínimo, ya que un alto porcentaje del dinero fue utilizado por el gobierno militar para comprar equipos militares y apoyar a los grupos de Mujahedeen. Hubo muchas acusaciones de corrupción y robo. Dado el pasado rendimiento de la elite gobernante de Pakistán, el público pakistaní tiene derecho a ser escéptico sobre el impacto significativo en sus vidas por la ayuda prometida.

Pakistán se encuentra en una difícil encrucijada. Como en toda crisis, este momento necesita ser aprovechado y se necesita reflexionar una serie de opciones. La oportunidad debe servir para avanzar en las soluciones sinceras y ejecutables para los problemas políticos y sociales de Pakistán. De lo contrario, la sociedad de Pakistán continuará sufriendo un caos social y conflictos violentos. La sufriente población de esta tierra de ríos, místicos poetas e historia ancestral merece mucho más de lo que su elite ha ofrecido en las últimas décadas de su existencia. Como primer paso, la comunidad internacional debe aclarar que el actual apoyo al régimen militar no es luz verde para que éste se perpetúe indefinidamente en el poder. Se puede aumentar la presión internacional utilizando la ayuda económica como una arma en la actual Junta Militar para celebrar elecciones justas y libres en la base de un sufragio maduro. Se debe persuadir para revocar cualquier enmienda constitucional de la era de Zia, inclusive las leyes que conservan electorados separados, aquellos que discriminan

a las minorías religiosas y aquellos que suprimen los derechos de la mujer. Todos los partidos políticos sin considerar su afiliación e ideología deben ser permitidos a participar en las elecciones. Sin embargo, todos los funcionarios provinciales, regionales y primer ministros desde 1985 deben ser inhabilitados para participar en el proceso de elección por lo menos unos otros diez años. Esto garantiza una limpieza general del paisaje político de políticos corruptos (que han usado su acceso al poder como medio para acumular fortunas) y quizás restaurar algo de la fe en el proceso político. Las elecciones deben celebrarse bajo el auspicio de las Naciones Unidas que hasta ahora han ganado una notable experiencia en el monitoreo de elecciones en el ámbito internacional. Las Naciones Unidas en la última década intervinieron en estados que ya habían sido testigos de guerras civiles y luchas sociales prolongadas, Pakistán puede ser un experimento para evitar tal calamidad antes de que ocurra.

Una vez que los nuevos representantes sean elegidos entonces comienza la verdadera tarea de crear visión social para el futuro. Esto no será fácil. Empezando por disminuir las tensiones políticas regionales (el futuro de Afganistán debe ser completamente decidido por los afganos mismos y debe encontrarse una solución para Cachemira) de modo que el enorme presupuesto militar se reduzca. También se necesitará eliminar la corrupción dentro de la burocracia y las agencias que aplican las leyes. Otra agenda extremadamente importante es una revisión civil (con el apoyo de códigos reglamentarios militares) del ISI, presupuesto, reclutamiento, entrenamiento y políticas. La supremacía del control civil en todos los aspectos de política militar, local e internacional es la

marca de una soberanía democrática. Estas son proposiciones imposibles dada la reciente historia de Pakistán, pero las formulo con tanta indecisión como simples sugerencias para el camino de un futuro. Pero se debe enfatizar que si el marco político dentro del país no cambia, podríamos ser testigos de la disolución de Pakistán como antes vimos la de Somalia y otros lugares. La ubicación geoestratégica de Pakistán con su capacidad nuclear también deberá hacer a la comunidad internacional reflexionar seriamente antes que tal futuro se cumpla. La tarea principal sigue siendo la integración nacional y el desarrollo social. Los pakistaníes necesitarán apoyo internacional y coraje, liderazgo desinteresado desde su interior para alcanzar el sueño de vivir en una sociedad pluralista con dignidad, con prosperidad económica y con justicia social para todos.

Traducido por Peggy Cornejo

Post Taliban Pakistan: A Tentative Recipe for Change

Kamran Asdar Ali, Assistant Professor of Anthropology, University of Texas, Austin

NOTE: This article was originally written on September 17, 2001. It has been modified to incorporate the changing events of the past weeks.

In December of 1971 the Pakistani army surrendered to the Indian Forces in East Pakistan/Bangladesh. As a result of its defeat and failed policies, the Pakistani military finally handed over power to a civilian administration after thirteen years of governance. Drawing on the memory of that national turmoil, the present military ruler of Pakistan, General Pervez Musharraf, has drawn an analogy between the events in 1971 and the present crisis in the region. Although his intentions may have been different, the analogy is correct on at least one count. Thirty years to the date, the Pakistani military has been again exposed for its failed policies and for its adventures in neighboring states. The fall of Kabul may not be the end of misery for the long suffering Afghan population. Yet the genuine rejoicing in most parts of Afghanistan and the sense of freedom that the Afghan people feel should remove all doubt that in the Taliban the Pakistani state and specifically its military was supporting an undemocratic, obscurantist and oppressive regime. This policy would have continued with disastrous after effects for the people of the region, but for the tragedies in US cities on September 11.

Pakistani press reports indicate that on the evening of September 14, 2001, General Musharraf met with his Cabinet and national security team in a marathon session lasting until the early hours. The task was to decide whether the Pakistani government would accede to the demands made by the United States in the aftermath of the Sept. 11 terrorist attacks. Pakistan was reportedly asked to provide logistical support to the U.S. military along with the use of Pakistani airspace, if the need arose, and to share up-to-date intelligence on suspected terrorist leader Osama bin Laden and his followers in Afghanistan.

In the late 1970s, another Pakistani general, Zia ul Haq, must have convened a similar meeting. Then, the military junta was asked to play a crucial role in support of the U.S.-financed resistance to Soviet forces occupying Afghanistan. That decision undoubtedly was easier for the dictator Zia ul Haq and his advisers. The general had been in power for two years, and his religiously conservative regime was already unpopular at home and abroad. Supporting the United States would grant his government badly needed legitimacy on the world stage. Zia also anticipated a U.S. aid package to help Pakistan address its perpetual social and economic problems. To the skeptical Pakistani population, the military regime portrayed its intervention in Afghan affairs as humanitarian and political assistance to fellow Muslims. But the junta's decision to play ball with the United States also was taken for strategic reasons.

Since Pakistan's independence in 1947, relations between Afghanistan and Pakistan had been strained due to boundary disputes and the feared spillage of ethnic Pashtun nationalism across the border. With openly hostile India on their eastern flank, Pakistani military strategists had regarded their not-so-friendly western neighbor with anxiety. This was aggravated by the communist-led coup in Afghanistan in 1978, and the subsequent Soviet invasion of that country in 1979. The U.S.-backed resistance to the pro-Soviet Afghan regime guaranteed, at least in the minds of the Pakistani military leaders, a somewhat concrete resolution of their Afghan problem.

The mass displacement of the Afghan population, the destruction of their homes and the loss of 1.5 million Afghan lives during the long civil war has largely vanished from the consciousness of Western news media. Nor do many outside Pakistan remember the Afghan war's impact on Pakistani civil, cultural and political life. The Pakistani military used part of the international aid to strengthen its Inter-Services Intelligence Directorate, or ISI, which was the principal liaison between U.S. intelligence agencies and the varied factions of the Afghan resistance known as the mujahedeen. The ISI also assumed a lead role in suppressing democratic dissent within Pakistan. To date, there are no constitutional checks and balances on its operations. Its leadership consists of highly motivated and in most cases religiously zealous officers who are concerned with

safeguarding what they consider to be the boundaries - geographic and ideological - of the Pakistani state.

On the political level, the U.S. economic and development aid helped Zia consolidate his plan for the Islamization of Pakistan. Development funds were used to establish and maintain madrassas - Islamic religious schools - in different parts of Pakistan. Zia and his junta considered the students and graduates of these schools the foot soldiers who would support the dictator as he pressed ahead with his agenda to build an Islamic polity and a theocratic state. Another legacy of the Afghan war was the unprecedented infiltration of drugs and weapons into Pakistani society. Profits from drug and weapons trafficking helped finance the covert war in Afghanistan, while funneling enormous wealth to a section of the Pakistani military brass. But the triumph of the Afghan resistance forces in 1992 didn't result in what Pakistan's military had always desired: a stable Afghanistan following the dictates of Islamabad. With the Cold War already a fading memory, the United States and other Western countries virtually abandoned the victorious mujahedeen, making only vague promises of development aid to rebuild the war-ravaged country.

In subsequent years, infighting among the new Afghan leadership - and its growing independence from the ISI - led Pakistan to intensify its involvement in Afghanistan's affairs. The Taliban, a radical faction of madrassa students under the guidance of Mullah Mohammed Omar of Kandahar, was bankrolled by the Pakistani military on its path to victory in Afghanistan in 1995-96. From the perspective of the generals in Islamabad, the Taliban's loyalty to and dependence on them guaranteed a safer and less volatile western border. In addition, Pakistan was interested in secure routes to the landlocked Central Asian states. A stable, Taliban-led Afghanistan would contribute to a larger geopolitical strategy wherein Pakistan, the United States and international petroleum companies envisioned multiple pipelines transporting oil and natural gas from mineral-rich Central Asian countries to Pakistani ports on the Persian Gulf. But the strongly independent and unpredictable nature of the Taliban, and the continuing civil war in northern Afghanistan, have in the past few years dampened the initial excitement these schemes had generated.

More than a decade after his death in an airplane explosion, Zia ul Haq's ghost lingers on, as Pakistani cultural life shifts toward embracing orthodox Islamic values. In a state that has forsaken its task of providing systematic educational and employment opportunities to its people, the madrassa system has remained an avenue for a large percentage of the rural and urban poor who seek social and cultural advancement. Many who have trained in the madrassas have emerged as highly organized and violent power brokers who can destabilize any regime that manages to take power. The Pakistani state and military have cynically deployed these forces against internal opposition, and recruited them for the state's covert war in Kashmir. One consequence of such involvement is that, a decade after Zia's death, Pakistan remains politically unstable, rife with growing ethnic and sectarian violence.

The differences between the late 1970s and Sept. 2001 far outweigh the similarities. Like Zia, Musharraf had been in power for two years, and he was also unpopular domestically and internationally. But Musharraf's military junta has had a more difficult time pushing its new U.S. backed Afghan policy. The madrassa-trained forces that were nurtured by Zia have resisted Musharraf's allegiance to the US cause with sharp and violent protests. This situation may get worse as many from among the on-the-run Taliban and Arab-Afghans cross into Pakistan. These forces shall blend in with the support base they already have in the country. How present and future Pakistani governments deal with this process in addition to the already existent Islamist extremism is a serious question. The Pakistani state's regionally unpopular policy on Afghanistan, based on narrow strategic gains, may yet haunt Pakistan for years to come.

Unfortunately, successive Pakistani civilian governments in the last decade have neglected the issues of democratic governance, economic distribution and social needs. This along with their rampant corruption has eroded people's faith in civilian rule. Within this context, the military has further portrayed itself as the stable social institution that can save Pakistan from its corrupt and inept civilian representatives. As mentioned above, the ISI and the military have been involved in all

major domestic and international decisions made by successive military and civilian governments in the past two decades. In this period, Pakistan's major external policy initiatives have been reduced to two elements; nurturing a Pakistan friendly regime in Afghanistan and encouraging an armed resistance against India in Kashmir. Both policies, interlinked as they are, have very little support from even the Muslim states in the region and internationally they have been public relations embarrassments. The military, aided by ISI, has not allowed major intervention by the country's previous civilian governments or its trained diplomatic corps in these two crucial areas. The peculiar impasse that Pakistan is faced with today is, therefore, entirely the military's responsibility.

By accepting the U.S. demands in exchange for fresh promises of international largesse, the Pakistani military has, for the time being, saved its own skin from the wrath of a U.S.-led coalition. But in the process, the regime yet again appears willing to plunge Pakistan into an uncharted future, with no regard for such stability as remains in Pakistani social life. The promise of U.S. aid in exchange for strategic support anyway falls on deaf ears among most Pakistanis (and Afghans). They remember a series of broken Western promises, most recently when the United States and its allies didn't provide much-needed development assistance in the early 1990s. And, during the 1980s when billion of dollars did pour into Pakistan, their impact on development was minimal, since a large percentage of the money was used by the military government to purchase military hardware and support mujahedeen groups. Accusations of corruption and pilferage were also plenty. Given the past performance of Pakistan's ruling elite, the Pakistani public might rightly be skeptical about any meaningful impact on their lives from the promised aid.

Pakistan is at a difficult crossroads. Yet like all crises, this moment needs to be seized to rethink a range of options. The opportunity should be availed to put forward sincere and workable solutions for Pakistan's political and social problems. Otherwise Pakistani society will continue to be riddled with social chaos and violent strife. The suffering population of this land of rivers, mystic poets and ancient history deserves far better than what its elite have offered in the last five decades of its existence. As a first step it should be made clear by the international community that the present support to the military regime is not a green signal for it to perpetuate its rule indefinitely. International pressure, using economic aid as a weapon, should be increased on the present junta to hold free and fair elections on the basis of adult franchise. It should be persuaded to revoke all Zia era amendments to the constitution, including laws that uphold separate electorates, those that discriminate against religious minorities and those that suppress rights of women. All political parties irrespective of their affiliation and ideology should be allowed to participate in the elections. Yet all provincial, federal and prime ministers since 1985 should be disbarred from the election process for at least another ten years. This would guarantee a general cleansing of the political landscape from corrupt politicians (who have used their access to power as a conduit to accumulate immense amounts of wealth) and perhaps restore some faith in the political process. The elections should be held under the auspices of the United Nations, which has by now gained considerable experience in monitoring elections internationally. The U.N. has, in the last decade, intervened in states that have already witnessed protracted civil war or social strife. Pakistan may be an experiment in avoiding such a calamity before it occurs.

Once the new representatives are elected then the real task of creating a social vision for the future begins. This will not be easy. Starting from decreasing regional political tensions - Afghanistan's future should be decided entirely by the Afghans themselves and a political solution should be found on Kashmir - so that the overblown military budget can be curtailed, there will also need to be an elimination of corruption from within the bureaucracy and the law enforcement agencies. Another extremely important agenda should be to bring the ISI within the fold of army regulatory codes and also its budget, recruitment, training and policies under civilian review. The supremacy of civilian control over all aspects of military, domestic and international policy is the hallmark of any sovereign democracy. These are difficult and near impossible propositions given Pakistan's recent history and I make them with much hesitancy as mere suggestions for a future path. But it needs to be emphasized that if the social and political framework within the country does not change, we may witness the dissolution of Pakistan as we have seen earlier in Somalia and other places. The geo-strategic location of Pakistan along with its nuclear capability should also make the international

community think seriously before such a future unfolds. The primary task remains that of national integration and social development. Pakistanis will need international support and encouragement, yet mostly selfless leadership from within to attain their dream of living in a pluralistic society with dignity, with economic prosperity and with social justice for all.